

**un error
de Moravia**

La "Casa de las Américas", en La Habana, que se halla en punto de conceder sus premios anuales, ha logrado crear un clima cultural de signo universalista, caracterizado por su apertura a todas las corrientes modernas. Lo mismo podríamos decir de la sociedad de escritores. Las publicaciones de ambos organismos responden a un criterio amplio, aunque riguroso, en punto a temática y a planteamientos. Nada tan ajeno al sectarismo como las revistas en que periódicamente se expresan las nuevas generaciones de intelectuales. Sus poetas —pienso en Retamar y en Heberto Padilla sobre todo— y sus novelistas —Cabrera Infante— si sitúan en el más alto nivel dentro del ámbito de la lengua castellana, por su rigor y por su calidad. Lo mismo puede afirmarse de sus ensayistas. Como todo allí, las corrientes literarias que provienen de lejos, cobran, sin pérdidas esenciales, un perfil independiente, peculiar, nacional.

Con esto quiero decir que a la vera del mar Caribe se vive el actual momento cultural con tanta intensidad, tanta exigencia, tanta profundidad como, por poner un ejemplo rotundo, en París. No incurro en exageración.

En aquel mundo apareció de pronto el italiano Alberto Moravia, con credencial de "observador" de la Conferencia Tricontinental. Moravia, que llegó con Dacia Maraini, se paseó por los pasillos del "Habana Libre", plantó su árbol en el "Bosque de la solidaridad", allá en la Alta Habana, pronunció una conferencia y se fue. Total, tres días.

Pocos días, tal vez, para conocer a su público, a los oyentes de su charla, porque de otro modo se hubiera marchado en silencio. Mal informado, o quizá desdén, justificó —o trató de justificar su estancia— con una intervención de expediente plagada de banalidades. Algo imperdonable en un país en que la literatura asume toda su seriedad real. Menguado favor para los sostenedores de su mito, porque existe un mito Moravia, bien apoyado en un complejo entramado de "public relations". Allí, fue sin embargo, el propio Moravia quien se encargó de demolerlo.

MORAVIA habló sobre "la novela" en el salón de actos de la "Casa de las Américas". Dijo su oración en francés y el periodista Arcocha la fue traduciendo sobre la marcha. (Conviene aclarar que allí hay excelentes conocedores del italiano.) Su palabra revistió un tono dogmático, olímpico, que suena muy mal en aquellas latitudes. No estuvo en ello lo más grave, sino en el contenido de la conferencia. De una manera esquemática, incluso trivial, Moravia abordó el tema de la aparición de lo cotidiano en la novela, de la mano de "Madame Bovary" y del descubrimiento de lo inconsciente y su incorporación al género novelístico, por obra y gracia de Dostoiéwski. Definió lo cotidiano como "aquello que tenemos en común con todo el mundo", es decir, "lo que no nos caracteriza". "Madame Bovary" está sometida a lo cotidiano. Esto es lo que la mata en realidad, y no ella misma. Sueña con ser una heroína pero no puede serlo. Simplemente, lo sueña. En las novelas de Stendhal, apenas aparecen los objetos. En "Madame Bovary" los objetos son más importantes que la protagonista. Flaubert mira lo cotidiano con repugnancia, porque es un romántico. Llegó Joyce y registra lo cotidiano de una forma épica. Por su lado, Kafka es el continuador de Dostoiéwski.

Después, Moravia sociologiza: "Stendhal representa a la burguesía en ascenso". Y desarrolla un increíble paralelismo mecánico entre literatura y economía. El "dejar hacer" conduce a la crisis. Cuando la crisis estalla los economistas hacen un programa. Los escritores también. Etc., etc...

Durante media hora Moravia ofreció una sucesión de brillanteces vacías y triviales. Pero no fue esto lo que más llamó la atención, en sentido negativo para el italiano. No fue el traslado mecánico de un fenómeno económico al plano de la estética que desconcertó al público juvenil que llenaba el salón de la "Casa de las Américas". Ello es bastante corriente si bien no entre gentes que, como Moravia, empiezan por dudar de todo para caer en el dogmatismo más superficial. Lo que hizo sonreír a cuantos escuchaban su voz de pontífice infalible, fue su súbito e inesperado juicio acerca de las obras sujetas al llamado "realismo socialista". Juicio condenatorio, sin aclarar las causas, sin profundizar en el problema.

Y es que Moravia no sabía que hace ya dos años los intelectuales cubanos han sometido a examen la teoría en que se apoya dicha tendencia y revelado sus insuficiencias, la precariedad de su elaboración, la necesidad de disolver su esclerosis, y en suma, su invalidez si se la juzga por sus expresiones. Moravia pretendió epatar con una "audacia". No midió el terreno y resbaló. Vargas Llosa, que estaba allí, dijo a un amigo: "No es la primera vez".

EDUARDO G. RICO

**¡Asegúrese...
¡Pronto llovera!**



**Abierto...
grande y práctico**

**Plegado...
pequeño, elegante
y fácil de guardar**



paraguas telescópico

un miembro de la familia Kniprs